

The cover art features Gregor Eisenhorn, a prominent character from the Warhammer 40,000 universe. He is depicted as a man with a stern expression, wearing a dark, ornate military uniform with green shoulder pauldrons and a red cape. He holds a power fist in his right hand and a book in his left. A skull with a golden spike is mounted on his chest. In the background, a winged creature with a skull for a head flies through a hazy, industrial setting with gears and structures.

WARHAMMER
40,000

EL MAGOS

EL RECOMPILATORIO DEFINITIVO
DE LAS HISTORIAS DE GREGOR EISENHORN

DAN ABNETT

minotauro



EL MAGOS

EL RECOPIULATORIO DEFINITIVO
DE LAS HISTORIAS DE GREGOR EISENHORN

DAN ABNETT

minotauro

Título: *El magos. El recopilatorio definitivo de las historias de Gregor Eisenhorn*

Versión original inglesa publicada por Black Library en 2021.

Pestilence y Missing in Action, primera publicación en 2001.

Blackcloth for a Crown Additional, primera publicación en 2002.

The Curiosity, primera publicación en 2003.

Thorn Wishes Talon, primera publicación en 2004.

Gardens of Tycho, primera publicación en 2005.

Playing Patience, primera publicación en 2006.

The Strange Demise of Titus Endor, primera publicación en 2010.

Master Imus's Transgression y Regia Occulta, primera publicación como audiobook en 2011.

The Magos, primera publicación en 2018.

The Magos & The Definitive Casebook of Gregor Eisenhorn,

El magos. El recopilatorio definitivo de las historias de Gregor Eisenhorn, GW, Games Workshop,

Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K,

Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos,

ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes,
y el distintivo ® o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Magos & The Definitive Casebook of Gregor Eisenhorn*

Ilustración de la cubierta: Johan Grenier

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción:

Peste (Pestilence), *La transgresión del señor Imus (Master Imus' Transgression)* *Regia Occulta (Regia Occulta)*, *La extraña defunción de Titus Endor (The Strange Demise of Titus Endor)*, *La curiosidad (The Curiosity)*, *Los Jardines de Tycho (Gardens of Tycho)*, *La imagen de Keeler (The Keeler Image)*, *El magos (The Magos)*: © Patricia Nunes

Perdida en combate (Missing in Action), *Telón de fondo por una corona (Blackcloth for a Crown Additional)*, *Perihelio (Perihelio)*, *Espina desea Garra (Thorn Wishes Talon)*, *Ser Patience (Playing Patience)*: © Juan Pascual

ISBN: 978-84-450-1527-8

Depósito legal: B. 21.714-2022

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Contenido

Introducción	11
Peste	15
La transgresión del señor Imus	41
Regia Occulta	59
Perdida en combate	79
Telón de fondo por una corona	107
La extraña defunción de Titus Endor	137
La curiosidad	167
Ser Patience	197
Espina desea Garra	263
Los Jardines de Tycho	289
La imagen de Keeler	323
Perihelio	341
El magos	357



I

Creo que la memoria es la mejor facultad que nosotros, como especie, poseemos. Gracias a la memoria, somos capaces de discernir, afinar y transmitir todo tipo de conocimientos para beneficio de la humanidad y la gloria infinita de nuestro Dios-Emperador, ¡que el Trono Dorado perdure por siempre!

Olvidar un error es ser derrotado por segunda vez, como se nos enseña en los sermones de Thor. ¿Cómo podría un gran líder planear sus campañas sin el recuerdo de aquellas batallas ganadas o perdidas anteriormente? ¿Cómo podrían sus soldados absorber sus enseñanzas y mejorar sin ese don? ¿Cómo podría la Eclesiarquía diseminar su mensaje a la población universal sin que esa población guardara sus enseñanzas en la memoria? ¿Qué son los eruditos, los clérigos, los historiadores y los cronistas, sino agentes de la memoria?

¿Y qué es el olvido sino la derrota de la memoria, la ruina de conocimientos preciosos y una abominación?

En el servicio de Su Gloriosa Majestad el Emperador de Terra he mantenido una guerra contra esa abominación durante toda mi vida. Lucho por localizar cosas olvidadas y devolverlas a la cuidadosa custodia de la memoria. Soy un zapador en lugares oscuros; un iluminador de sombras; un volteador de páginas que no se han vuelto durante largo tiempo; un formulador de preguntas que han quedado olvidadas, y voy por siempre rastreando respuestas que, de otro modo, permanecerían

sin voz. Soy un recolector de recuerdos, extrayendo secretos perdidos del taciturno universo y devolviéndolos al seguro abrazo de la memoria, donde podrán de nuevo mejorar nuestro destino entre las estrellas dispersas.

Mi disciplina en concreto es la *Materia Medica*, ya que la medicina humana fue mi vocación original. La comprensión que tenemos de nuestros mecanismos vitales es vasta y admirable, pero nunca podemos saber demasiado sobre nuestra propia biología y cómo protegerla, repararla y mejorarla. Es nuestra carga, como especies, existir en una galaxia desgarrada por la guerra; y donde la guerra va, también florecen sus lacayos: la herida y la enfermedad. Podría decirse que, a medida que cada frente de guerra avanza, también lo hace el conocimiento médico. Y, donde los ejércitos se repliegan vencidos o son destruidos, también el conocimiento médico retrocede o se olvida. Esos son los olvidos que busco corregir.

Con tal propósito, fui a Symbal Iota a finales de mi año cuarenta y ocho, buscando a Ebhøe. Para aportar un contexto, permitidme decir que ese sería el tercer año de la Campaña Genovingia en el Segmentum Obscurus, y unos nueve meses siderales después del primer brote de la Viruela de Uhlren entre las legiones de la Guardia estacionadas en el propio Genovingia. También conocida coloquialmente como baba de sangre, la Viruela de Uhlren recibe su nombre de la primera víctima que causó, un sargento llamado Gustaf Uhlren, del 15^o de Mordian, si no me engaña la memoria. Y me enorgullezco de decir que no.

Como estudiante de la Historia Imperial, y también de la *Materia Medica*, tendrás en la memoria la Viruela de Uhlren. Una afección del cuerpo y la vitalidad, virulentamente contagiosa, que corrompe desde dentro, engrosando los fluidos circulatorios y causando el agotamiento de la médula ósea, mientras decora la piel de la víctima con quistes y bubones malolientes. El ciclo entre la infección y la muerte es, como mucho, de cuatro días. En las últimas fases, los órganos revientan, la sangre se emulsiona y burbujea por los poros de la piel, y la víctima sufre violentas alucinaciones. Algunos incluso han conjeturado que, en esta fase, la propia alma se corrompe. La muerte es inevitable en casi todos los casos.

Apareció sin previo aviso en Genovingia y, en el plazo de un mes, los *Medicae Regimentalis* estaban registrando veinte informes de muerte al día. Ninguna droga ni procedimiento pudo encontrarse que retardara siquiera un poco sus efectos. Tampoco se pudo localizar el origen de la

infección. Y lo peor de todo fue que, a pesar de los programas cada vez más estrictos de cuarentena y limpieza, no se encontró ningún método para evitar el contagio en masa. No se identificaron ni los portadores de la plaga ni los medios de transmisión.

De igual modo que un hombre se debilita y enferma, el conjunto de las fuerzas de la Guardia Imperial comenzó a fallar y flaquear a medida que sus mejores hombres perecían por la peste. En dos meses, el personal del Señor de la Guerra Rhyngold dudaba de la viabilidad de la continuidad de toda la campaña. Al tercer mes, la Viruela de Uhlren también había brotado (aparentemente de forma milagrosa y espontánea, dado el desconocimiento de su proceso de dispersión) en Genovingia Minor, Lorches y Adamanaxer Delta. Cuatro centros de infección separados, justo a lo largo del borde del avance imperial en el sector. Llegados a ese punto, la enfermedad se había extendido a la población civil del propio Genovingia, y el Administratum había publicado una Proclamación de Pandemia. Se decía que los cielos sobre las ciudades de ese poderoso mundo estaban negros por las moscas de la putrefacción y que el hedor de la polución biológica impregnaba hasta el último acre del planeta.

En ese tiempo, yo tenía un puesto burocrático en Lorches, y entré a formar parte del cuerpo de emergencia encargado de la investigación que buscaba una solución. Era un trabajo agotador. Personalmente, me pasé más de una semana en el archivo sin ver la luz del día, mientras supervisaba la revisión sistemática de esa vasta y polvorienta fuente de información.

Fue mi amigo y colega, el Administrador Medica Lenid Vammel, quien hizo que nos fijáramos en Pirody y el Tormento.

Fue un trabajo admirable por su parte, una hazaña de estudio, referencias cruzadas y memoria. Vammel siempre había tenido una gran memoria. Bajo la dirección del Administrador Senior Medica Junas Malter, dedicamos a más de un sesenta por ciento del personal a profundizar en la investigación de los registros de Pirody, y se enviaron peticiones a otros mundos Genovingios para que revisaran sus propios archivos. Vammel y yo compilamos los datos acumulativos personalmente, cada vez más seguros de que había iluminado la sombra correcta y hallado una verdad que podríamos utilizar.

Los registros que perduraban del incidente del Tormento en Pirody eran dolorosamente escasos, pero consistentes. Después de todo, ya habían pasado treinta y cuatro años. Los supervivientes eran pocos, pero

pudimos rastrear a ciento noventa y uno que tal vez siguieran con vida. Estaban repartidos a los cuatro vientos cósmicos.

Al revisar nuestros hallazgos, Senior Malter autorizó una recolección personal —tal era la gravedad de la situación— y cuarenta de nosotros, todos con rangos de administrador superior o más, fuimos enviados inmediatamente. Vammel, descanse en paz, fue enviado a Gandian Saturnalia, donde quedó atrapado en una guerra civil local y fue asesinado. No sé si llegó a encontrar al hombre al que iba buscando. La memoria no es amable con esto.

Y yo... A mí me enviaron a Symbal Iota.

II

Symbal Iota, cubierto de océanos de un profundo color malva (a consecuencia, según tengo entendido, del crecimiento de ciertas algas), es un lugar caluroso y verde. Islas cubiertas de selva tropical rodean la región ecuatorial formando un amplio cinturón.

Tomé tierra en Symbalopolis, un peñasco volcánico de cumbre plana, en cuyas laderas se agrupan estructuras colmena como si fueran percebes. Desde allí me trasladaron a un trimarán que me condujo, durante un periodo de cinco días, por todas las islas locales hasta San Bastian.

Maldecía la lentitud de mi transporte, aunque la verdad era que se deslizaba sobre los mares malva a más de treinta nudos, y por eso en varias ocasiones intenté conseguir un ornitóptero o algún otro transporte aéreo. Pero los simbalis son una raza náutica sin ninguna fe en los viajes por aire. Era tortuoso, y yo era impaciente. En diez días había cruzado el empiéreo desde Lorches hasta Symbal Iota a bordo de una fragata de la Armada. Pero tardé la mitad de ese tiempo en recorrer una distancia infinitesimalmente más pequeña.

Hacía calor, y yo pasaba el rato bajo cubierta, leyendo tablillas de datos. El sol y el viento del mar de Symbal me quemaban la piel, acostumbrado como estaba durante años a la iluminación de las bibliotecas. Comencé a usar un sombrero de paja de ala ancha sobre mi túnica del Administratum siempre que me aventuraba a salir a cubierta, un detalle que mi servidor, Kalibane, encontraba siempre divertido. En la quinta mañana, San Bastian se alzó ante nosotros saliendo de las aguas violeta, la torre piramidal de una chimenea volcánica vestida del verdor de la

jungla. Incluso mientras cruzábamos la ensenada desde el trimarán a la costa en lancha eléctrica, con pájaros marinos de color turquesa apiñándose sobre nuestra cabeza, no conseguí ver ninguna señal discernible de alguna construcción habitable. La gruesa capa de selva llegaba hasta la orilla y solo dejaba una fina línea de playa blanca.

La lancha entró en una cueva donde un antiguo malecón de piedra sobresalía por debajo de los árboles, como un puente inacabado. Kalibane, con sus miembros biónicos chirriando, llevó mi equipaje al malecón y luego me ayudó a bajar de la lancha. Me quedé allí, sudando bajo la túnica, apoyado en mi bastón oficial, apartando a manotazos los escarabajos que circulaban en la asfixiante humedad de la cueva.

No había nadie allí para recibirme, aunque había empleado el comunicador varias veces durante la ruta para informar de que me acercaba. Miré hacia atrás al piloto de la lancha, un hosco symbali, pero él parecía no saber nada. Kalibane fue hasta el extremo de tierra del malecón y llamó mi atención sobre una campana de cobre, verdigrisácea por el tiempo y los océanos, que colgaba de un gancho al final del muelle.

—Tócala —le dije, y él lo hizo, golpeando con cautela los dedos contra la cúpula de metal. Luego me miró, nervioso, con sus implantes ópticos chasqueando al reenfocarse bajo el arco superciliar.

Dos hermanas de la Eclesiarquía aparecieron poco después, con sus túnicas de blanco puro tan tiesas y almidonadas como las tocas bicornes que llevaban en la cabeza. Parecieron contemplarme con cierta diversión y, sin hablar, me indicaron que las siguiera.

Comencé a caminar tras ellas, y Kalibane nos siguió, cargado con el equipaje. A través de la jungla, tomamos un camino de tierra que se alzaba de repente y acabó siendo una cuesta. El sol lanzaba rayos de luz entre las copas de los árboles y el aire estaba lleno de la exótica canción de los pájaros y el cuchicheo de los insectos.

En un giro del camino, de repente apareció ante mí el Hospital de San Bastian Apóstata. Un enorme edificio de piedra típico de la creatividad Imperial temprana, con sus antiguos arbotantes y muros bajos llenos de vides y plantas trepadoras. Pude observar un edificio principal de cinco plantas y una capilla adyacente, que parecía la parte más vieja del lugar, además de los cobertizos, las cocinas y un jardín vallado. Sobre la verja de hierro fundido se hallaba una estatua, maltratada por el tiempo, de nuestro amado Dios-Emperador acabando con el Archienemigo. Tras la oxidada verja, un sendero bien atendido llevaba al hospital a tra-

vés de un campo salpicado de lápidas y criptas. Ángeles de piedra e imágenes grabadas del Adeptus Astartes me miraban mientras seguía a las hermanas hacia la puerta principal.

Entonces noté, de pasada, que las ventanas en los dos pisos superiores estaban firmemente cerradas con rejas de hierro.

Dejé a Kalibane fuera con mis posesiones y crucé el umbral tras las hermanas. El atrio principal del hospital era un oasis de mármol, oscuro y deliciosamente fresco, con pilares de limo que se alzaban hacia los espacios oscuros de la alta bóveda. Los ojos se me iluminaron ante el más maravilloso tríptico en un lado del altar, bajo una vidriera con oropéndolas, en el que me fijé inmediatamente.

De ancho superaba la longitud de un hombre con los brazos abiertos, y mostraba tres aspectos del santo. En el de la izquierda, vagaba por la jungla, en apostasía, renunciando a los demonios del aire y del fuego; en el de la derecha, realizaba el milagro de las almas mutiladas. En el panel central, su cuerpo martirizado, envuelto en un sudario azul, con las nueve heridas de bólter claramente visibles en su blanca piel, yacía en los brazos de un luminoso Emperador, adecuadamente entristecido.

Alcé la vista de mis devociones y vi que las hermanas se habían ido. Notaba el sonido subliminal de un coro psíquico cantando no muy lejos. El fresco aire palpitaba.

Había un hombre detrás de mí. Alto, escultural, con su túnica almidonada tan blanca como negra era su lisa piel; parecía observarme con la misma diversión que lo habían hecho las hermanas.

Me di cuenta de que aún llevaba el sombrero de paja. Me lo quité rápidamente, lo dejé en un banco y saqué la tablilla con el picto de presentación que el Senior Malter me había dado antes de salir de Lorches.

—Soy Baptrice —dijo él, con una voz grave y alegre—. Bienvenido al sanatorio del Santo.

—Administrador Superior Medica Lemual Sark —contesté—. Mi función específica es la de recolector de recuerdos, últimamente destinado en Lorches, grupo general de Genovingia cuatro-cinco-siete-siete decimal, como parte de la campaña auxiliar de archivo administrativo.

—Bienvenido, Lemual —repuso él—. Un recolector. Vaya. No habíamos tenido ninguno de los tuyos por aquí antes.

No estuve muy seguro de lo que quería decir, aunque en retrospectiva, el detalle de ese malentendido aún me hieló la sangre.

—¿No me estabais esperando? He enviado comunicaciones hace rato.

—Aquí en el sanatorio no tenemos comunicador —respondió Baptrice—. Lo que queda fuera no nos concierne. Nuestro trabajo se centra en lo que está dentro. Dentro de este edificio, dentro de nosotros. Pero no te alarmes. No cometes ninguna intrusión. Recibimos a todos los que vienen aquí. No necesitamos que nos avisen de su llegada.

Sonreí educadamente a esa enigmática respuesta, y tamborileé los dedos sobre mi bastón. Había confiado en que estuvieran preparados para mi llegada, con todo listo para poder comenzar mi trabajo inmediatamente. Una vez más, el ritmo sin prisas de Symbal Iota me estaba costando.

—Hermano Baptrice, debo proceder con la mayor celeridad. Desea-
ría comenzar mi tarea inmediatamente.

Él asintió.

—Claro. Casi todos los que vienen a San Bastian están deseosos de comenzar. Déjame que te acompañe, y que te proporcione comida y un lugar donde bañarte.

—Preferiría ver a Ebhoe. Lo antes posible.

Él se quedó desconcertado.

—¿Ebhoe?

—El coronel Fege Ebhoe, de la Veintitrés de Lanceros de Lammark. Por favor, ¡dime si sigue aquí! ¡Dime que sigue vivo!

—Lo... está. —Baptrice se quedó parado, y leyó el picto de mi tablilla por primera vez. Pareció darse cuenta de algo—. Mis disculpas, Superior Sark. He malinterpretado tu intención. Ahora veo que sí eres un recolector, enviado en una misión oficial.

—¡Claro! —repliqué—. ¿Qué otra cosa iba a ser?

—Un suplicante que viene aquí en busca de consuelo. Un interno. Los que arriban al malecón y hacen sonar la campana siempre lo son. No recibimos visitantes excepto aquellos que vienen en busca de ayuda.

—¿Un... interno? —repetí.

—¿No sabes dónde estás? —preguntó él—. Esto es el Hospital de San Bastian, un refugio para los dementes.

III

¡Un manicomio! Eso sí que era un comienzo desafortunado para mi misión. Había entendido, por mi investigación, que el Hospital de Sant Bastian era el hogar de una orden santa que ofrecía santuario y confort a

aquellos bravos guerreros de las legiones del Emperador que habían resultado tan gravemente heridos o discapacitados por la guerra que no podían continuar en servicio. Sabía que ese lugar acogía a los dañados y los perdidos de las zonas en guerra de todos los sectores, pero no tenía ni idea de que el daño en que se especializaban era el de las heridas de la psique y la cordura. Era un sanatorio para los trastornados, individuos que se presentaban voluntariamente a sus puertas con la esperanza de la redención.

Y lo peor de todo: ¡Baptrice y las hermanas habían supuesto que yo era un suplicante! El maldito sombrero de paja me había dado justo el aire de locura que se esperaban. Tenía suerte de que no me hubieran atado sin ceremonias a un arnés y me hubieran confinado en aislamiento. Pensándolo ahora, me doy cuenta de que debería haberlo sabido. Bastian, ese santo consagrado, era un loco que encontró la cordura en el amor del Emperador, y que más tarde curó, realizando milagros, a enfermos mentales.

Baptrice tiró de la cuerda de una campanilla, y aparecieron las novicias. Acompañaron a Kalibane, con mi equipaje, hasta donde yo estaba. Nos dejaron solos en el atrio mientras Baptrice iba a realizar las preparaciones. Mientras esperábamos, un hombre canoso con una masa de tejido de viejas cicatrices donde debería hallarse su brazo izquierdo atravesó el atrio. Estaba desnudo excepto por una vieja bandolera de munición vacía, cruzada sobre el torso. Nos miró vagamente, asintiendo ligeramente con la cabeza. Luego siguió su camino y lo perdimos de vista.

De algún lugar, en la distancia, me llegaban sollozos y una voz urgente que repetía algo una y otra vez. Encorvado a mi lado, con los nudillos apoyados en las losas del suelo, Kalibane me miraba inquieto, y le puse una mano tranquilizadora sobre su amplio hombro peludo.

Alrededor nuestro fueron apareciendo hombres tonsurados y macilentos en largas vestiduras eclesiásticas negras, y más hermanas fantasmales con sus túnicas de blanco hielo y sus tocas cornudas. Se agrupaban en las sombras a ambos lados del atrio, y nos observaron sin hablar. Uno de los hombres recitaba en silencio, leyendo de largas cintas de pergamino que un joven-niño iba sacándole de un cofrecillo tachonado. Otro escribía con su pluma en unos pequeños pliegos ligados con cordel. Otro más balanceaba un incensario de latón a la altura de los pies, y llenaba el aire con el olor seco y penetrante del incienso. Baptrice reapareció.

—Hermanos, dad la bienvenida al Administrador Superior Sark,

que ha venido a nosotros por asuntos oficiales. Le mostraréis toda la cortesía y la cooperación.

—¿Qué asuntos oficiales? —preguntó el viejo sacerdote con el libro, alzando su penetrante mirada. Tenía injertadas unas lupas de medialuna en el hueso nasal y las cuentas del rosario le colgaban alrededor de la papada como una corona floral de victoria.

—Una cuestión de recolección —contesté.

—¿Pertenciente a qué? —insistió él.

—El hermano Jardone es nuestro archivista, Superior Sark. Perdónale su insistencia. —Asentí hacia Baptrice y sonreí al anciano Jardone, aunque no me devolvió la sonrisa.

—Veo que somos afines, hermano Jardone. Ambos somos devotos del recuerdo.

Él se encogió de hombros.

—Estoy aquí para entrevistar a uno de vuestros... internos. Pudiera ser que conozca ciertos hechos que incluso ahora podrían salvar la vida a millones de personas en el grupo Genovingio.

Jardone cerró el libro y me miró, como si esperase más. El Senior Malter me había encargado decir lo menos posible sobre la pandemia, porque las noticias de tal calamidad podrían extender la agitación. Pero sentí que debía darles algo más.

—El Señor de la Guerra Rhyngold está dirigiendo una gran expedición militar por todo el grupo Genovingio. Una enfermedad, que se ha dado en llamar la Viruela de Uhlren, está afectando a sus hombres. Los estudios han demostrado que podía ser comparable con una peste conocida como el Tormento, que arrasó Pirody hace unas tres décadas. Un superviviente de esa epidemia reside aquí. Si pudiera proporcionarme cualquier detalle sobre el incidente, podría facilitar la consecución de una cura.

—¿Cuán mal va por allí, por Genovingia? —preguntó otro viejo sacerdote, el del incensario.

—Está contenido —mentí.

Jardone soltó un bufido burlón.

—Claro que está contenido. Por eso un administrador superior ha venido hasta aquí. Preguntas las cosas más tontas, hermano Giraud.

Habló otro hombre. Era el más viejo, retorcido y medio ciego, su arrugada coronilla marcada con manchas hepáticas. Una trompetilla acústica le colgaba de la túnica en el hombro izquierdo, con unas delicadas patas mecánicas.

—Me preocupa que las preguntas y un cambio en la rutina puedan alterar la serenidad del sanatorio. No quiero que nuestros residentes se inquieten de ningún modo.

—Tu comentario se tendrá en cuenta, hermano Niro —dijo Baptrice—. Estoy seguro de que el Superior Sark será discreto.

—Naturalmente —les aseguré.

Ya era media tarde cuando Baptrice me llevó por fin escaleras arriba al corazón del sanatorio. Kalibane nos siguió con unas cuantas cajas que había sacado de mi equipaje. Hermanas bicornes y fantasmales nos observaban desde todos los arcos y las sombras.

Al final de la escalera, entramos en una gran cámara del tercer piso. El aire olía a cerrado. Docenas de internos rondaban por ahí, aunque ninguno nos lanzó ni una mirada. Algunos estaban vestidos con batas sueltas y sucias, mientras que otros llevaban viejos uniformes de trabajo o uniformes de la Guardia Imperial. Todos los alfileres, insignias y galones de rango se habían quitado, y nadie llevaba cinturón o cordones en los zapatos. Dos estaban ocupados en jugar al regicidio en un viejo tablero de latón, junto a la ventana. Otro se hallaba sentado en el suelo, tirando los dados. Otros mascullaban para sí o tenían la mirada perdida en la distancia. El hombre desnudo que habíamos visto en el atrio estaba acullillado en un rincón, metiendo casquillos vacíos en su bandana de municiones. Muchos de los residentes mostraban viejas heridas de guerra y cicatrices, feas y grotescas.

—¿No son... peligrosos? —susurré a Baptrice.

—Permitimos a los más estables cierta libertad de movimiento y el uso de esta área común. Evidentemente, su medicación se controla cuidadosamente. Pero todos los que están aquí no son «peligrosos», porque todos vienen aquí voluntariamente. Algunos, claro, vienen aquí para escapar de episodios que han hecho que la vida normal les resulte impráctica.

Nada de eso me tranquilizó.

Al fondo de la gran sala, pasamos a un largo corredor flanqueado por celdas. Algunas de las puertas estaban cerradas a cal y canto desde fuera. Otras tenían barrotes por encima. Todas contaban con un ventanillo. Olía a desinfectante y a excrementos.

Alguien, o algo, estaba llamando silenciosa y repetidamente a una de las puertas cerradas que pasamos. Desde otra oímos cantar.

Algunas de las puertas estaban abiertas. Vi a dos novicias limpiando

con una esponja a un viejo que estaba atado a su camastro de metal con correas de tela. El viejo lloriqueaba tristemente. En otra celda, donde la puerta estaba abierta pero los barrotes exteriores cerrados, vimos a un hombre grande y musculoso sentado en una silla de madera mirando el pasillo. Estaba cubierto de tatuajes: emblemas de regimiento, consignas y tanteos de muertes. En sus ojos brillaba la luz más maníaca. Tenía los colmillos de alguna fiera implantados en la mandíbula inferior, de tal forma que se arqueaban sobre el labio superior.

Al pasar nosotros, se puso en pie de un salto y trató de agarrarnos a través de los barrotes. Dejó escapar un gruñido.

—¡Compórtate, Icq! —le dijo Baptrice.

La celda junto a la de Icq era nuestro destino. La puerta estaba abierta, y una hermana y una novicia nos esperaban. La celda más allá de ellas era negra como la noche. Baptrice habló un momento con la novicia y la hermana. Se volvió hacia mí.

—Ebho se muestra reticente, pero la hermana le ha convencido de que es bueno que hable contigo. No puedes entrar. Por favor, siéntate junto a la puerta.

La novicia me trajo un taburete y me senté en el umbral, apartándome la túnica de las rodillas. Obediente, Kalibane abrió mis cajas y colocó el artefacto de transcripción sobre su trípode.

Miré hacia la oscuridad de la celda, intentando distinguir las siluetas. No pude ver nada.

—¿Por qué no hay luz aquí?

—La afección de Ebho, su condición mental, se exacerba con la luz. Pide oscuridad. —Baptrice se encogió de hombros.

Asentí torvamente y me aclaré la garganta.

—Por la gracia del Dios-Emperador de Terra, he venido aquí para Su Santa obra. Me identifico como Lemual Sark, Administrador Superior Medica, asignado al Administratum de Lorches.

Miré el artefacto. Cuchicheé por lo bajo y extrajo el inicio de una cinta de pergamino con la transcripción, que yo esperaba que pronto fuera larga e informativa.

—Busco a Fege Ebho, antes coronel de la Veintitrés de Lanceros de Lammark.

Silencio.

—¿Coronel Ebho?

Una voz, fina como un cuchillo y fría como un cadáver, susurró desde la celda oscura.

—Soy yo. ¿Qué asunto te trae?

Me incliné hacia delante.

—Quiero hablar de Pirody contigo. El Tormento que sufriste.

—No tengo nada que decir. No recordaré nada.

—Vamos, coronel. Estoy seguro de que lo harás si lo intentas.

—Me has malentendido. No he dicho que no pueda, he dicho que no lo haré.

—¿Deliberadamente?

—Justo. Me niego a hacerlo.

Me pasé la mano por la boca y me di cuenta de que tenía la lengua seca.

—¿Por qué no, coronel?

—Estoy aquí por Pirody. Treinta y cuatro años intentando olvidar. No quiero comenzar a recordar ahora.

Baptrice me miró con un pequeño gesto de impotencia. Parecía estar sugiriendo que ya estaba, que debía dejarlo correr.

—Los hombres mueren en Genovingia de la plaga que conocemos como la Viruela de Uhlren. Esta peste tiene todas las señales de ser el Tormento. Cualquier cosa que me puedas decir ayudará a salvar vidas.

—No pude entonces. Cincuenta y nueve mil hombres murieron en Pirody. No pude salvarles, aunque lo intenté con cada fibra de mi ser. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

Miré hacia el origen invisible de la fría voz.

—No puedo decírtelo con seguridad. Pero creo que vale la pena intentarlo.

Hubo un largo silencio. El artefacto chirriaba en espera. Kalibane tosió, y la máquina registró el sonido con un pequeño ruido de teclas.

—¿Cuántos hombres?

—¿Perdón, coronel? ¿Qué me has preguntado?

—¿Cuántos hombres están muriendo?

Respiré hondo.

—Cuando salí de Lorches, novecientos habían muerto y otros mil quinientos estaban infectados. En Genovingia Minor, seis mil muertos y el doble de enfermos. En Adamanaxer Delta, doscientos, pero allí acaba de empezar. En Genovingia, dos millones y medio.

Oí a Baptrice lanzar un grito ahogado de la impresión. Confié en que se guardara esa información para sí.

—¿Coronel?

Nada.

—Coronel, por favor...

Fría y cortante, la voz sonó de nuevo, más áspera que antes.

—Pirody era un lugar desolado...

IV

Pirody era un lugar desolado. No queríamos ir allí, pero el Archienemigo había tomado el continente oriental y arrasado las colmenas, así que las ciudades del norte estaban en peligro.

El Señor de la Guerra Getus nos envió. Cuarenta mil Lanceros, virtualmente la fuerza completa de los regimientos de Lammark, veinte mil hombres de Fancho con armadura y sus máquinas, y todo un pelotón de Adeptus Astartes, de los Doom Eagles, brillantes en gris y rojo. Estábamos en un lugar llamado Pirody Polar. El Trono sabrá cuán viejo. Torres y columnas ciclópeas de mármol verde, tallada en tiempos antiguos por manos que no estoy seguro de que fueran humanas. Había algo extraño en su geometría, los ángulos nunca parecían estar del todo bien. Hacía un frío del carajo. Teníamos ropa de invierno, gruesos abrigos antibalas de color blanco con capuchas forradas de piel, pero el hielo se metía en las armas láser y apagaba su carga, y los malditos tanques Fancho se pasaban el rato sin querer arrancar. Y también era de día: todo el tiempo de día. No había noche, no era la estación buena. Estábamos tan al norte que lo más oscuro que conseguíamos era un ocaso, cuando uno de los dos soles se ponía brevemente y el cielo cogía un color rosa piel. Y entonces, ya volvía a ser de día. Llevábamos dos meses luchando intermitentemente. Sobre todo, duelos de artillería de largo alcance, machacando las banquisas de hielo. Nadie podía dormir debido a la luz diurna perpetua.

Sé de dos hombres —uno, un lammarkiano, no me enorgullece decirlo— que se arrancaron los ojos; el otro era un Fancho.

Entonces llegaron. Puntos negros sobre las banquisas, miles de ellos, ondeando banderas tan obscenas, que...

Da igual. No estábamos en condiciones de luchar. Enloquecidos por la luz, fuera de quicio por la falta de sueño, inquietos por la curiosa geometría del lugar que estábamos defendiendo, éramos carne de cañón. Las fuerzas del Caos nos masacraron, y nos hicieron retroceder hasta la propia ciudad. Los civiles, unos dos millones, eran peor que inútiles. Cosas pálidas y ociosas, sin ningún impulso o apetito. Cuando la fatalidad se abatió sobre nosotros, simplemente se dejaron llevar. Estuvimos

sitiados durante cinco meses, a pesar de que los Doom Eagles hicieron seis intentos de romper el cerco. ¡Fe, eran terroríficos! Gigantes, chocando los bólters antes de cada pelea, gritando al enemigo, matando a cincuenta por cada uno que nosotros derribábamos.

Pero era como luchar contra la marea y, a pesar de su gran poder, solo eran sesenta.

Pedimos refuerzos. Getus nos los había prometido, pero ya hacía tiempo que había partido a bordo de su acorazado, y se había retirado tras la avanzada de la flota, por si las cosas se ponían feas.

El primer hombre que vi sucumbir al Tormento fue un capitán de mi séptimo pelotón. Un día se desplomó sin más, ardiendo de fiebre. Lo llevamos al infirmium de Pirody Polar, donde Subjunctus Valis, el apotecario de los Doom Eagles, dirigía las cosas. Una hora después, el capitán estaba muerto. Su piel se había llenado de ampollas y bubones. Le habían estallado los ojos. Había tratado de matar a Valis con un trozo del camastro de metal, que había arrancado de la agarradera de la pared. Luego se desangró hasta morir.

¿Sabes qué significa eso? Todo su cuerpo supuraba sangre por cada orificio, cada poro. Cuando todo acabó, era sólo una cáscara vacía.

Al día siguiente de la muerte del capitán, sesenta cayeron enfermos. Al otro día, doscientos. Un día más, mil. La mayoría murió al cabo de dos horas. Otros aguantaron días... pustulosos, agonizantes.

Hombres a los que había conocido durante toda la vida se convirtieron en sacos de huesos ante mis ojos. ¡Maldito seas, Sark, por hacerme recordar todo esto!

El séptimo día, se extendió también a los Fancho. En el noveno, llegó a la población civil. Valis ordenó todo tipo de cuarentenas, pero no sirvió de nada. Él trabajaba a todas horas durante incontables días intentando encontrar una vacuna, tratando de aliviar la imparable infección. El décimo día, cayó un Doom Eagle. En su Tormento, con la sangre saliéndole por la rejilla del visor, mató a dos de sus camaradas y a diecinueve de mis hombres. La enfermedad había superado incluso los sellos de pureza de los Adeptus Astartes.

Fui a ver a Valis, ansioso de buenas noticias. Él había montado un laboratorio en el infirmium, donde muestras de sangre y raspados de tejidos bullían en alambiques y se separaban en botellas de aceite. Me aseguró que el Tormento sería detenido. Me explicó lo raro que era que una peste se transmitiera en un clima tan frío, donde no hay calor para incubarse y extender la corrupción. También creía que no florecería bajo

la luz. Así que hizo cablear todos los rincones de la ciudad con lámparas, para que no hubiera oscuridad.

Ninguna oscuridad. En un lugar donde ya no había ninguna de forma natural, incluso las sombras de las habitaciones cerradas se desvanecieron. Todo era brillante. Quizá ahora puedas entender por qué aborrezco la luz y me aferro a la oscuridad.

El hedor a sangre enferma era horroroso. Valis hacía su trabajo, pero seguíamos cayendo. Al llegar el día veintiuno, había perdido el treinta y siete por ciento de mis fuerzas. De los Fancho casi no quedaba nadie. Doce mil ciudadanos pirodianos habían muerto o estaban muriendo. Seis Doom Eagles habían sucumbido.

Aquí tienes los hechos, si los quieres. La plaga persistía en un clima que debería haberla derrotado. No mostraba ningún proceso habitual de transmisión. No cedía ante ningún intento de contenerla o controlarla, a pesar de los esfuerzos por imponer cuarentenas y limpiar las áreas infectadas con lanzallamas. Era ferozmente contagiosa. Incluso los sellos de pureza de los Space Marine no eran una protección. Sus víctimas morían sufriendo espantosamente.

Entonces, uno de los Doom Eagles descifró una obscena inscripción en una de las banderas del caos desplegadas fuera de los muros.

Decía...

Decía una palabra. Una sucia palabra. Una maldita y abominable palabra que he pasado todo el resto de mi vida intentando olvidar.

V

Doblé el cuello hacia el oscuro umbral.

—¿Qué palabra? ¿Qué palabra era esa, coronel?

Con gran desagrado, él la dijo. No era una palabra en absoluto. Era un obsceno gorgoteo dignificado por las consonantes. El glifo del nombre del propio demonio de la peste, una de las noventa y siete Blasfemias que No Se Deben Escribir.

Al oírla, caí de espaldas de mi taburete, con las náuseas retorciéndome el estómago y la garganta. Kalibane chilló. La hermana cayó desmayada y la novicia huyó.

Baptrice se apartó cuatro pasos de la puerta, se volvió y vomitó espectacularmente.

La temperatura en el corredor descendió quince grados.

Inestable, traté de enderezar el taburete volcado y recoger el artefacto que la novicia había tirado al suelo. Vi que, donde había grabado la palabra, la cinta de pergamino de la máquina había comenzado a arder sin llama.

Gritos y lamentos resonaban por el corredor, procedentes de varias celdas. Y, entonces, Ioq estuvo fuera.

Justo en la puerta siguiente la había oído, con su cabeza cicatrizada apretada contra la puerta de barrotes de su jaula, que saltó arrancada de su marco y se estrelló contra el suelo del corredor. Furioso, el enorme ex Guardia salió pateando y se volvió hacia nosotros.

Iba a matarme, estoy seguro, pero yo estaba desplomado y las piernas no me funcionaban. Entonces, Kalibane, bendito sea su valiente corazón, se lanzó contra él. Mi devoto servidor se incorporó sobre sus miembros posteriores atrofiados y alzó sus enormes miembros anteriores con los augméticos biónicos, en señal de aviso. De pie, extendido a mano abierta, Kalibane medía unos tres metros y medio. Abrió la boca y chilló a través de caninos de acero.

Con espuma babeándole de la boca acolmillada, Ioq apartó a Kalibane de un golpe. Mi servidor hizo un considerable agujero en la pared.

Ioq estaba sobre mí.

Di la vuelta a mi bastón oficial, y apreté el interruptor oculto bajo el pomo.

Descargas eléctricas saltaron de la punta del bastón. Ioq se sacudió convulsivamente y cayó. Se quedó sobre el suelo, sacudiéndose, y evacuó involuntariamente. Baptrice ya se había puesto en pie. Las alarmas estaban sonando y los novicios entraban apresuradamente en el corredor con chaquetas de fuerza y barras con lazadas.

Me levanté y miré el oscuro umbral.

—¿Coronel Ebho?

La puerta se cerró de golpe.

VI

No habría más preguntas esa tarde. El hermano Baptrice lo dejó claro, a pesar de mis protestas. Las novicias me acompañaron a una habitación de invitados en la segunda planta. Era blanca y sencilla, con una dura cama de madera y un pequeño escritorio. Una ventana emplomada daba al cementerio y las junglas de más allá.

Sentía una gran perturbación de espíritu, y fui de un lado al otro de la habitación mientras Kalibane desempaquetaba mis pertenencias. Había llegado tan cerca, y había comenzado a arrastrar fuera al reticente Ebhoë. ¡Solo para que se me negara la oportunidad de continuar cuando los secretos realmente siniestros me estaban siendo revelados!

Me paré junto a la ventana. El sol deslumbrante y carmesí se estaba hundiendo en los océanos de color malva, remarcando la espesa jungla con un relieve negro y salvaje. Las aves marinas revoloteaban sobre la bahía bajo la luz decreciente. Las estrellas comenzaban a salir en los bordes azul oscuro del cielo.

Ya más calmado, me di cuenta de que, cualquiera que fuera mi turbulencia interior, la turbulencia del propio lugar era mayor.

Desde la ventana pude oír todo tipo de gritos, alaridos, chillidos, portazos, pisadas atronadoras y llaves tintineando. La palabra blasfema que Ebhoë había pronunciado había sumido a todas las mentes frágiles de esa casa de demencia en un gran caos, como un metal al rojo vivo al hundirse en agua fría. Se estaban realizando grandes esfuerzos para tranquilizar a los internos.

Permanecí sentado en el escritorio de teca durante un rato, revisando las transcripciones, mientras Kalibane dormitaba junto a la puerta. Ebhoë había mencionado particularmente a Subjunctus Valis, el apotecario de los Doom Eagles. Repasé las viejas copias de los informes de los testigos de Pirody. Las había llevado conmigo, pero el nombre de Valis solo aparecía en el listado de efectivos. ¿Habría sobrevivido? Solo una pregunta directa a la casa del Capítulo de los Doom Eagles me proporcionaría la respuesta, y eso podía tardar meses. Los Adeptus Astartes son notoriamente reservados, y a veces decididamente insolentes en su falta de cooperación con el Administratum. En el mejor de los casos, podría necesitar una serie de acercamientos formales, tácticas de retraso, regateo. Incluso así, yo quería alertar a mis hermanos de Lorches de una posible pista.

¡Maldije San Bastian cuando recordé que ese lugar no tenía comunicador! Ni siquiera podía enviar un mensaje al enclave astropático de Symbalopolis para una transmisión a los mundos exteriores.

Una hermana me trajo la cena en una bandeja. Justo cuando estaba acabando, y Kalibane iba encendiendo las lámparas, Niro y Jardone entraron a mi habitación.

—¿Hermanos?

Jardone fue directo al grano, mirándome fijamente a través de sus lentes de medialuna.

—La hermandad del sanatorio se ha reunido y ha decidido que debes marcharte. Mañana. No se te permitirán más audiencias. Tenemos una nave que te llevará al puerto pesquero de Math Island. Desde allí podrás obtener un pasaje para Symbalopolis.

—Estoy decepcionado, Jardone. No deseo marcharme. Mi recolección no es completa.

—¡Es tan completa como lo va a ser! —soltó.

—El hospital nunca ha estado tan alterado —explicó Niro a media voz—. Ha habido peleas. Dos novicios han resultado heridos. Tres internos han tratado de suicidarse. Años de trabajo perdido en un momento.

Asentí.

—Lamento mucho la perturbación, pero...

—¡Nada de peros! —gritó Jardone.

—Lo siento, Superior Sark —dijo Niro—. Las cosas son así.

Dormí mal en el estrecho camastro. Mi mente, mi memoria, jugaba conmigo, repasando los detalles de la entrevista. Ebhoe estaba trastornado y herido, de eso no había duda, porque el acontecimiento había sido traumático. Pero había algo más: un secreto que iba más allá de nada de lo que me había explicado, un recuerdo más profundo. Notaba su sabor.

No me detendrían. Demasiadas vidas dependían de ello. En la oscuridad, tanteé mi camino hasta la escalera y subí al tercer piso. El aire cerrado estaba cargado de una especie de inquietud. Avancé ante las celdas cerradas, donde los hombres gemían en sueños o mascullaban insomnes.

De vez en cuando, tenía que refugiarme en las sombras cuando los guardianes novicios cargados con lámparas hacían sus rondas. Tardé unos tres cuartos de hora en llegar a la celda donde residía Ebhoe. Pasé nervioso ante la puerta cerrada de Ioq.

El ventanillo de la puerta se abrió al notar mi contacto.

—¿Ebhoe? ¿Coronel Ebhoe? —llamé en voz baja hacia la oscuridad.

—¿Quién es? —contestó su fría voz.

—Soy Sark. No llegamos a acabar.

—Vete.

—No lo haré, no hasta que me cuentes el resto.

—Vete.

Pensé desesperadamente, y la ansiedad me hizo cruel.

—Tengo una linterna, Ebhoe. Una lámpara muy potente. ¿Quieres que la encienda a través del ventanillo?

Cuando volvió a hablar, había terror en su voz. Que el Emperador me perdone por esta manipulación.

—¿Qué más queda? —preguntó—. El Tormento se extendió. Morimos a miles. No puedo ayudarte con tu causa, aunque lo lamento por esos hombres en Genovingia.

—No me has explicado cómo acabó.

—¿No has leído los informes?

Miré a un lado y al otro del bloque de celdas para asegurarme de que seguíamos solos.

—Los he leído. Eran muy escuetos. Decían que el Señor de la Guerra Getus incineró al enemigo desde la órbita, y que se enviaron naves para relevaros en Pirody Polar. Expresan el horror ante la cantidad de muertos por la peste. Cincuenta y nueve mil soldados muertos. No se contaron las víctimas civiles. Dijeron que cuando las naves de relevo llegaron, el Tormento había sido eliminado. Evacuaron a cuatrocientos hombres. De ellos, solo ciento noventa y uno siguen vivos, según los registros.

—Entonces, ahí tienes tu respuesta.

—No, coronel. ¡Eso no es una respuesta! ¿Cómo fue eliminado?

—Localizamos la fuente de infección y la limpiamos. Así fue.

—¿Cómo, Ebhoe? ¿Cómo, en nombre del Dios-Emperador?

—Fue en el pico del Tormento. Miles de muertos...

VII

Fue en el pico del Tormento. Miles de muertos, cadáveres por todos lados, pus y sangre corriendo por esas malditas salas brillantes.

Fui a ver a Valis de nuevo, rogándole que me diera noticias. Él se hallaba en su infirmium, aún trabajando. Otro lote de vacunas para probar, me dijo. Las últimas seis habían fallado, e incluso parecía que habían agravado el contagio. Para entonces, los hombres se peleaban entre ellos, matándose los unos a los otros por odio o miedo. Se lo dije a Valis, y él se quedó en silencio, trabajando con un mechero de llama sobre su potyata de acero. Era un ser enorme, claro... Adeptus Astartes, una cabeza y

media más alto que yo, con una túnica roja con capucha sobre su armadura de Doom Eagles. Alzó botellas de espécimen de su narthecium y las puso bajo la omnipresente luz.

Yo estaba cansado, más cansado de lo que puedas imaginar. Hacía días que no dormía. Dejé en el suelo el lanzallamas que había estado usando para purificar y me senté en un taburete.

—¿Vamos a morir todos? —le pregunté al gran Apotecario.

—Querido y valiente Ebhoe —respondió con una carcajada—. Pobre hombrecillo. Claro que no. No lo permitiré.

Se volvió para mirarme mientras llenaba una larga jeringa de una botella con tapón. Yo me sentía pequeño a su lado, incluso después del tiempo que habíamos pasado juntos.

—Sois los afortunados, Ebhoe. Limpios hasta ahora. Odiaría verte contraer esta peste. Has sido mi fiel aliado durante estos tiempos oscuros, ayudándome a distribuir las vacunas. Se lo mencionaré a tus comandantes.

—Gracias, Apotecario.

—Ebhoe —comenzó—. Creo que es justo decir que no podemos salvar a los que ya están infectados. Solo podemos esperar vacunar a los sanos contra la infección. He preparado un suero para eso e inocularé a todos los hombres sanos con él. Tú me ayudarás. Y tú serás el primero. Así podrás estar seguro de no perderte.

Vacilé. Él se acercó con la jeringa y yo comencé a subirme la manga.

Y lo vi. Algo mínimo. Solo una cosita pequeña, pequeña. Una ampollita verde amarillenta justo debajo de la oreja derecha de Valis.

VIII

Ebhoe calló. El aire parecía portar una carga eléctrica. Los internos de las celdas vecinas se agitaban, inquietos, y algunos gritaban. En cualquier momento, los novicios guardianes aparecerían.

—¿Ebhoe? —le llamé por el ventanillo.

Su voz se había convertido en un susurro aterrado, el susurro de un hombre que simplemente no puede soportar expresar en palabras lo que le ha estado acosando en la mente.

—¿Ebhoe?

Unas llaves tintinearón cerca. La luz de una lámpara destelló por debajo de la puerta del bloque. Ioq estaba golpeando la puerta de su celda

y aullando. Alguien lloraba, alguien más gemía en un lenguaje inventado. El aire estaba cargado del olor a heces, sudor y miedo inquieto.

—¡Ebho! —No quedaba tiempo—. ¡Ebho, por favor!

—¡Valis tenía el Tormento! ¡Lo había tenido desde el principio! —La voz de Ebho era estridente y angustiada. Las palabras surgían por el ventanillo tan duras y letales como el fuego láser—. ¡Él lo había extendido! ¡Con su trabajo, sus vacunas, sus tratamientos! ¡Él había extendido la plaga! Su mente había sido corrompida por el Tormento, ¡no sabía lo que hacía! ¡Había nuevas cepas del Tormento creciendo en su infirmium! ¡Él era el portador: una peste malevolente y voraz vestida como un hombre noble, matando a miles y miles y miles!

Me quedé helado. Más frío de lo que lo había estado nunca. La idea era monstruosa. El Tormento no había sido solo un devorador de vidas; había sido sintiente, vivo, deliberado... planeando y moviéndose a través del instrumento al que había corrompido.

La puerta de la celda de Ioq estaba abultándose y quebrándose. Los gritos llegaban de todas partes, con pánico y miedo en igual medida. Todo el manicomio estaba sacudiéndose por las psicosis desatadas.

Las luces destellaron al final del pasillo. Los novicios gritaron y corrieron al verme. Me habrían alcanzado si Ioq no hubiera salido de nuevo, rabioso y babeante, lanzando su horrible masa contra ellos, atacándolos con saña.

—¡Ebho! —grité por el ventanillo—. ¿Qué hiciste?

Estaba llorando, la voz se le quebraba con profundos sollozos.

—¡Cogí mi lanzallamas! ¡Que el Emperador tenga piedad de mí, lo agarré y bañé a Valis con llamas! ¡Lo maté! ¡Lo mate! ¡Asesiné al orgullo de los Doom Eagle! ¡Lo quemé hasta que cayó a pedazos! ¡Erradiqué el origen del Tormento!

Un novicio pasó volando ante mí con el cuello abierto por unos colmillos animales. Sus colegas estaban enzarzados en una lucha desesperada contra Ioq.

—Lo quemaste.

—Sí. Las llamas alcanzaron los productos químicos del infirmium, las botellas de muestras, los frascos con agua cargada de plaga. Estallaron. Una bola de fuego... Oh, dioses... más brillante que la luz del día que nunca desaparecía. Más brillante que... fuego por todas partes... fuego líquido... llamas que me rodeaban... por todas partes... oh... oh...

Brillantes destellos llenaron el corredor; la sonora descarga de un arma. Me aparté temblando de la puerta de la celda de Ebho. Ioq yacía

muerto en medio de los cadáveres mutilados de tres novicios. Varios otros, heridos, gemían sobre el suelo.

El hermano Jardone, con una pistola láser en su huesuda mano, se hizo paso entre los ordenanzas y los eclesiarcas que se habían reunido en el corredor, apuntándome con el arma.

—Debería matarte por esto, Sark. ¡Cómo has osado!

Baptrice se adelantó y le sacó el arma a Jardone de la mano. Niro me miró con una cansada decepción.

—Ocupaos de Ebhoe —dijo Baptrice a las hermanas cercanas—. Enviaré una queja a tus superiores.

—Pues hazlo —repliqué—. Yo no quería que ocurriera esto, pero tenía que llegar hasta la verdad. Puede ser, por lo que Ebhoe me ha dicho, que tengamos a nuestro alcance un modo de luchar contra la Viruela de Uhlren.

—Eso espero —dijo Baptrice, mirando con amargura la carnicería del corredor—. Ha costado demasiado.

Los novicios me acompañaban de vuelta a mi habitación cuando las hermanas sacaron a Ebhoe. El sufrimiento de recordar lo había matado. Nunca me perdonaré por eso, por muchas vidas que salváramos en Genovingia.

Y nunca olvidaré su aspecto, que vi finalmente bajo la luz.

IX

Me marché al día siguiente en lancha con Kalibane. Nadie del hospital fue a despedirme ni me habló. Desde Math Island, transmití mi informe a Symbalopolis, que desde allí, astropáticamente, atravesó la Disformidad hasta Lorches.

¿Se erradicó la Viruela de Uhlren? Sí, finalmente. Mi trabajo ayudó a ello. La baba de sangre era como el Tormento, diseñada por el Archienemigo, igual de sintiente. Cincuenta y dos oficiales médicos, que eran la fuente, igual que Valis, fueron ejecutados e incinerados.

He olvidado a cuántos perdimos en el grupo Genovingio. Últimamente, olvido mucho. Mi memoria ya no es lo que era y, a veces, lo agradezco.

Pero nunca olvido a Ebhoe. Nunca olvido su cadáver, mientras las hermanas lo sacaban rodando en camilla. Había quedado atrapado entre las llamas del infirmium en Pirody Polar. Sin miembros, seco como la

cáscara de una semilla, colgaba en una silla de suspensión, y lo mantenían vivo con drenajes intravenosos y espráis estériles. Los restos deshechos y repulsivos de un hombre.

No tenía ojos. Es lo que más claramente recuerdo. Las llamas se los habían quemado.

No tenía ojos, y sin embargo le aterrorizaba la luz.

Sigo creyendo que la memoria es la mejor facultad que tenemos como especie. Pero, por el Trono Dorado, hay cosas que me gustaría no recordar nunca más.